

¿DE NUEVO LA INFLACIÓN?

Carlos Gustavo Cano*

Durante los últimos dos años todos los bancos centrales que siguen el esquema de ‘inflación objetivo’ incumplieron sus metas. Salvo contadas excepciones, la causa no fue la insuficiencia o posibles yerros de la política monetaria, cuyos instrumentos están diseñados con el propósito de responder a movimientos de la inflación originados en cambios de la demanda interna. La mayoría de sus juntas aplicó de manera rigurosa las reglas convencionales en materia monetaria. En efecto, anticipándose a la euforia crediticia y con la mira de evitar que la demanda doméstica creciera por encima del potencial de las economías, incrementaron sus tasas de interés de intervención. En Colombia, el Banco de la República fue más allá al haber elevado los encajes, y haber establecido controles de capital y límites al apalancamiento de los agentes financieros.

La desviación frente a las metas se explica primordialmente por el disparo de los precios internacionales de los alimentos, en particular granos y oleaginosas. Este choque de oferta, ante el cual la política monetaria resulta ineficaz, se debió, a su turno, a dos factores fundamentales: (a) el notable crecimiento de algunos de los mercados emergentes de mayor tamaño - en especial China e India -, y su consiguiente tránsito masivo hacia un régimen alimenticio mucho más rico en proteína animal; y (b) la fuerte reacción de Estados Unidos y Europa ante el cambio climático, materializada en la producción y utilización de biocombustibles, tratando de mitigar sus nocivos efectos. Ambos elementos emplean las mismas materias primas: granos y oleaginosas.

A pesar de que la recesión ha desinflado el impacto sobre sus precios, es muy probable que, una vez se consolide la recuperación de la economía global, aquellos vuelvan a generar severas presiones sobre la inflación. Como si fuera poco, a fin de satisfacer la demanda mundial por comida, su producción deberá aumentar 40 por ciento para el 2030 y 70 por ciento para el 2050. Para lograrlo, partiendo de la tecnología predominante y sin prever saltos en productividad, se precisaría agregarles a las 1.500 millones de hectáreas dedicadas actualmente al agro otro tanto por su inferior calidad.

La mayor parte de la tierra no cultivada que todavía existe en el planeta con potencial agrícola se halla en vastas sabanas, planicies y llanuras de América Latina y África. Sin embargo, su viabilidad estará cada vez más condicionada a la disponibilidad de agua; al uso eficiente de suelos aptos, pero que hoy se hallan ociosos o subutilizados bajo arcaicos sistemas de ganadería extensiva; y al acceso y adopción de los más recientes avances de la biotecnología, en especial para obtener variedades resistentes a la sequía y tolerantes a la salinidad y la acidez de los suelos. Los avances de la genética destinados a superar dichas limitaciones ya se hallan disponibles. Lo que hace falta es poner en marcha políticas públicas y mecanismos de mercado que incentiven su adopción masiva en la nueva frontera agrícola que con urgencia necesita la humanidad para nutrirse.

En conclusión, dentro del esquema ‘inflación objetivo’, las metas que fije el banco central se deberían formular en términos del más simple indicador de la denominada inflación básica o ‘*core inflation*’. Esta resulta de sustraer de la inflación total al menos los precios de los alimentos, y preferiblemente también los de los combustibles de origen fósil. Los primeros, especialmente en la medida en que avanzan las políticas de

* Codirector del Banco de la República

cambio climático, la apertura de las economías y la globalización, se mueven en sentido y ritmo virtualmente idénticos a los de los últimos.

Ello con el fin de evitar dos riesgos muy serios: (a) que la política monetaria se torne ineficaz por desviarse de la naturaleza de su función reaccionando ante choques externos de precios - tanto de signo negativo como positivo -, no controlables por sus instrumentos al ser dichos choques ajenos a la dinámica de la demanda interna; y (b) que, en cambio, termine lesionando la estabilidad de los sectores reales de la economía – ya sea sobre-estimulándolos o sobre-contrayéndolos según el caso -, y, por tanto, colocando en peligro la sostenibilidad en el mediano plazo de su capacidad generadora de empleo formal y bien remunerado.

Según lo evidencia la historia, a la larga sólo el cambio técnico está en capacidad real de moderar la ocurrencia y los impactos adversos de choques exógenos provenientes de la carestía de los alimentos sobre la inflación. En consecuencia, resulta altamente prioritario adoptar soluciones masivas por la vía de las innovaciones en biotecnología.

Finalmente, se requiere inducir, mediante mecanismos impositivos, la creación de mercados de aquellas tierras que, siendo aptas, hoy se hallan ociosas o subutilizadas en ineficientes sistemas de ganadería extensiva, a fin de poder ampliar la frontera cultivable de manera significativa y a costos razonables, en contraposición a la acumulación de su tenencia para propósitos exclusivamente especulativos o rentísticos.

Bogotá, Julio 16 de 2009